

---

**Miguel Ruiz Stull**

*Tiempo y experiencia. Variaciones sobre la obra de Henri Bergson*

(Fondo de Cultura Económica, Santiago, 2013)

---

Por Pablo Oyarzun R.

*Tiempo y experiencia* es, ciertamente revisada y puesta a punto, la tesis doctoral de Miguel Ruiz. Es una lástima que no contemos con un completo repositorio de las tesis y memorias de filosofía que han sido elaboradas en los centros de estudios en que está presente la disciplina con fuero para graduar. En todo caso, estoy seguro que, de haberlo, hallaríamos pocos trabajos dedicados al pensamiento de Henri Bergson y menos aun con las cumplidas pretensiones que este aquí presente tiene de abordar el meollo de sus tesis. En esa calidad no me extrañaría que fuese el único: de hecho, estaría tentado de apostar que así es. Hay historia en esto. Bergson, creo, fue lectura importante para quienes se ejercitaban en la filosofía, en Chile, en la primera mitad del siglo XX y todavía doblándola un poco. El pensamiento

francés (Boutroux, Brunschvicg, Blondel, Bréhier, Poincaré, Janet, algunos más) anterior a la invasión fenomenológica y la gravitación germánica, había sido, también por afinidad idiomática, una fuente, creo, de esos ya lejanos antecedentes. Pero después, digamos de los sesenta en adelante (no tengo certeza de lo que digo, pero creo que no ando muy descaminado), el nombre de Bergson se había retirado completamente de nuestras aulas y de las publicaciones e investigaciones de nuestros profesores.

El punto es que tampoco sorprende observar que por mucho tiempo lo que fue la poderosa influencia de Bergson en la órbita francesa se había eclipsado. La misma invasión fenomenológica y esa especie de preeminencia con escaso contrapeso del pensamiento heideggeriano y, después, la pleamar del estruc-

turalismo convirtieron al viejo maestro en algo así como una figura de museo de cera con aires de *fin de siècle*.

Distinto es hoy. La literatura crítica y los estudios sobre su obra abundan y más o menos desde los noventa se suceden copiosamente año a año incrementando la ya poblada biblioteca bergsoniana. Un síntoma de eso se podrá ver en el catálogo de publicaciones consultadas por el autor que figura al término del presente libro.

No cabe la menor duda de que el responsable fundamental de este verdadero renacimiento es Gilles Deleuze. Y por cierto que no se debe solamente a la invocación de la obra de Bergson en sus trabajos sobre el cine —la invocación y la crítica, puesto que Bergson, que manifestaba reparos porque el cine reconstruye el movimiento con imágenes inmóviles, desconsidera con ello la novedad fundamental que el cine trae consigo, la de la “imagen movimiento”—, sino al paulatino reconocimiento de que las fibras con que se fue urdiendo el propio pensamiento de Deleuze provienen esencialmente de aquella obra, que él temáticamente abordara en su temprano *El bergsonismo* (1966).

Digo esto no por un afán informativo, que para muchos de quienes recorran las páginas de este libro sale sobrando, sino porque esa especie de exclusividad de que está investido Deleuze en cuanto a la renovada atención a la filosofía bergsoniana tiene consecuencias para su lectura contemporánea. Quiero decir que no poco de la literatura actual sobre Bergson es deudora del modo en que Deleuze incorporó los temas cruciales de su pensamiento en su propia filosofía, que, en consecuencia, mucho de la lectura actual de Bergson es una lectura que trae huellas inequívocas de la travesía por la obra deleuziana y que estas huellas se dejan ver en el tratamiento del pensamiento bergsoniano.

Entonces, valoro especialmente que Miguel Ruiz, que tiene un amplio conocimiento de Deleuze y que llegó a Bergson por las vías que aquel dejó abiertas, ofrece una aproximación a las tesis centrales de este último que les sigue la pista sobre el texto con rigor y sin mediaciones, si puedo decir así, haciendo pie en tres obras capitales: el juvenil *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* (1889), *Materia y Memoria* (1896) y *La evolución creadora* (1907).

Una aproximación, por lo demás, que si por una parte subraya el diferendo con Kant y con su demolición de las aspiraciones epistémicas de la metafísica, por otra enfatiza la vocación empirista y pragmática del pensamiento bergsoniano y advierte, en fin, el vínculo con Aristóteles (sobre el cual escribió su tesis latina, *Quid Aristoteles de loco senserit*), vínculo que se explica por ser este, en la tradición, el decisivo pensador del movimiento. Dos excursos sobre Kant y uno sobre Aristóteles documentan la complejidad de esta discusión.

No en vano tiene Ruiz sólidas bases de estudios clásicos y Epicuro, Lucrecio, la sofística y la retórica antigua, amén de los autores consabidos, cuentan entre sus irrenunciables raigambres, sin descuidar lo posterior: Spinoza y Kant, para abreviar. Dicho muy a la rápida, pero por convencimiento, creo que la labor filosófica necesita de manera indispensable cultivar la frecuentación de los textos antiguos: en ellos, y no diré en sus firmes asertos, sino mucho en sus hiatos y vacilaciones, siguen latiendo problemas que hoy nos acucian o que hoy retornan. Todo ha cambiado desde entonces, pero ese cambio también tie-

ne sedimentos. Y del cambio se trata.

Hablaba del tratamiento que dedica Ruiz a la obra de Bergson. Su hilo de Ariadna parece ser el concepto de *variación*: rico en posibilidades, sin duda, es acaso el concepto que concibe precisamente la riqueza de las posibilidades, aconteciendo. Variación es un término que Bergson emplea numerosamente, al punto que se podría suponer que es en él un concepto operativo, es decir, uno que se define por sus usos, aplicaciones y consecuencias. Aquí, creo, se convierte en un concepto maestro.

Sugiero al lector, entonces, seguir ese hilo a través del texto. Conduce, me parece, a través de hitos de mayor relieve, a comprender el alcance de la restauración de la metafísica emprendida por Bergson como la propuesta de una metafísica de nuevo cuño, que celebra su identificación con el empirismo en cuanto piensa la movilidad en que consiste lo real —es decir, la movilidad como lo real de lo real— en y desde la intimidad de su despliegue. Metafísica de nuevo cuño, pues, que redefine el pensamiento (consúltese lo que aquí se dice sobre la intuición), liberándolo de la persistente referencia a la unidad

de lo consistente y de la persistente remisión a la unidad de una conciencia y abriéndolo así al devenir-múltiple de lo real: “pensar la duración es pensar en duración”, sostiene Ruiz.

Ese concepto de variación, que apunta a dar razón de la multiplicidad cualitativa que constituye el eje primario de la filosofía de Bergson (el devenir-múltiple), lo trae Ruiz a la vecindad de un asunto que es más embrollo que evidencia, pero que tiene la virtud de lo promisorio: es el tema de la *alloiosis*, de la “alteración” (así traduce Ruiz), que Aristóteles inscribe en un pasaje particularmente denso de su teoría de la percepción (*De anima* II, 5: “la sensación tiene lugar cuando se es movido y se padece una afección [...]: parece ser, en efecto, cierta alteración”, 416 b 33-35).

Si no entiendo mal, Ruiz se vale de la *alloiosis* para aproximar el concepto de variación a la cuestión de la potencia (“es evidente que la facultad sensitiva no es en acto, sino solo en potencia”, 417 a 6-7). Con este giro, e insistiendo

en la aporía aristotélica, en el asomo de una alteración de otro género, arguye en pro de un resolverse la sustancia en puro cambio, como efecto de alteraciones, y de una actualidad de la potencia en cuanto potencia, desafectada de su “no aún”. Sería esa, bajo los auspicios de una “inversión del aristotelismo”, la promesa de “una nueva ontología”, hemos de entender: una que confronta la estabilidad, la consistencia, la unidad y la permanencia con la inquieta eficacia de lo inestable, el flujo, lo contingente, lo múltiple y lo móvil.

Quedaría por preguntar si esa “nueva ontología” no insinúa también una exención con respecto a la ontología misma, el índice de un fuera-de-ser que es afirmación pura. Tal vez sea eso lo que se anuncia en Bergson bajo el nombre de “vida”.

Confío en que el lector de este libro infrecuente entre nosotros preste crédito a la promesa de que hablaba, que Ruiz elabora con tanta precisión. Agradecerá haberlo hecho.